**Domingo 4º del Tiempo Ordinario A (29.01.2017): Mateo 5,1-12**

***“Se sentó y comenzó a enseñar”*… Y yo necesito escribir… ¡CONTIGO!**

Acabo de leer una vez más el texto de las llamadas ‘NUEVE bienaventuranzas’ de Mateo. Esto de ‘llamadas nueve’ es una manera mía muy peculiar de nombrar estas cosas. Siempre oí y hasta estudié que las bienaventuranzas eran ocho y yo siempre leo nueve. Cuando leo y vuelvo a contar siempre me salen nueve. Creo que alguien se equivoca y no sé quién es. Seguramente, los más expertos en la materia dirán, para irse de rositas por la gatera sin dejar pelusas de sospecha, ‘las bienaventuranzas’ de Jesús, de Mateo. O, en su caso, de Lucas.

Y esta es otra cuestión, nada sencilla ni poco importante. Las ‘llamadas’ bienaventuranzas de Lucas son cuatro. Sólo cuatro. ¿No escribió Lucas ocho en su relato de 6,20-23? Pues no. Nos dijo que Jesús dijo cuatro bienaventuranzas y, para ser más y mejor historiador que nadie, le añadió al discurso de Jesús otras cuatro malaventuranzas (Lucas 6,24-26). Dicho esto, recuerdo al lector crítico que Marcos y Juan, es decir, el primero y el cuarto Evangelio no dicen nada de este discurso de las bienaventuranzas de Jesús. Para estos dos narradores de la experiencia de fe de Jesús, las bienaventuranzas ocupan un lugar secundario en el mensaje de Jesús de Nazaret. ¿Sorprendente? No lo sé, pero ese es el dato que hay que constatar y no olvidar.

Mateo comienza su relato con una expresión que hay que subrayar por ser la que va en primer lugar: *“Al ver tanta gente, Jesús subió a la montaña y se sentó…”*  (5,1). Los asistentes a la celebración de la misa eucarística que escuchen el relato no sabrán jamás cuánta gente había y de qué tipología era. Sólo es posible saberlo si se recuerdan los dos versículos anteriores que nuestra eclesiasticidad litúrgica y vaticana no desea que se lean (4,24-25) en público en la celebración ni en este domingo ni en el anterior.

En aquel ‘tanta gente’ que nos describe Mateo había gentes de Siria y de Galilea y de la Decápolis y de Judea y de Jerusalén y de la Transjordania y todos los que se sentían mal, enfermos y sufridores, lunáticos, endemoniados, paralíticos. Creo que el auditorio de este Jesús del Evangelista Mateo es un público bien variopinto y casi universal. Se constata una ausencia notable: gentes de Samaría o samaritanos. De esta región y con la enfermedad de ser extranjeros y enemigos de Israel no hubo nadie escuchando a Jesús de Nazaret, según Mateo. ¿Raro? ¡Muy extraño, al menos! Si no se juzgan oportunos estos datos, sugiero que el lector no se haga preguntas sin sentido. ¿Había doctores y teólogos, gobernantes, sacerdotes, banqueros del R-22 (romanos de las primeras 22 provincias mayores del imperio)…?

Acabo el espacio con mi reflexión crítica sobre las ‘nueve’ bienaventuranzas del primer discurso que Mateo pone en boca de Jesús, el laico de Galilea, donde estamos y donde escuchan los de la Jerusalén del Templo y de la Ley… El discurso comienza en 5,3 y no acabará hasta el 8,1: *“Cuando Jesús terminó este discurso”*. Este domingo en vez de la eucaristía del pan y vino me empaparé de la eucaristía de la palabra de los capítulos quinto, sexto y séptimo. Y en los próximos domingos también, porque aquí es donde los liturgistas nos seleccionan los próximos textos evangélicos de la misa. Ya les adelanto que este Jesús de Mateo con sus ‘nueve’ bienaventuranzas deja a un lado y desautorizada a la Ley de Moisés y la fe en su Dios Yavé. No me hagan caso, pero no dejen de leer con criterio los capítulos de Mateo 5-7… **C.B.H.**

**Domingo 10º del Evangelio de Marcos (29.01.2017): Marcos 2,18-22**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7)**

Recuerdo y cito el comienzo del capítulo segundo del Evangelio de Marcos: “*Después de algunos días… corrió la voz de que* [Jesús] *estaba en casa”* (2,1). Según el texto, estamos en el capítulo de ‘la casa’ de Jesús en Cafarnaún. En esta casa tan especial los paralíticos dejan de serlo (2,1-12), los recaudadores de impuestos para Roma abandonan su negocio (2,13-15) y todos ellos en compañía de pecadores, maestros de la ley y escribas comparten mesa, comida y bebida con Jesús de Nazaret y sus **seguidorxs** -x de ‘a’ o de ‘e’- (2,15-17).

Es curioso también que esta casa alarga sus paredes de acogida hasta la orilla del Lago-Mar de Galilea en donde Jesús ‘enseña’ (2,13) como lo hizo en la sinagoga (1,21). En síntesis, en esta ‘su casa de Cafarnaún’, Jesús llama, cura, enseña, come y bebe con todos en una única mesa. Releo y medito sereno y contemplativo: esta casa es la alternativa de Jesús a toda religión con su templo, sacerdocio y sacramentos… Ignoro si esto lo meditaba así quien nos lo escribió.

La lectura del texto sobre ’esta casa’ (2,18-22) también me invita a continuar la contemplación meditativa de la ‘enseñanza’. Desde aquel ‘enseñaba en la sinagoga’ (del versículo 1,21), por fin llegamos a ‘la enseñanza’ explícita que la narradora María de Magdala pone en labios de Jesús como respuesta a la pregunta de quienes piensan que las cosas de la Religión del Yavé Dios siempre fueron de una y única manera: *“¿Por qué los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan y en cambio los tuyos no?”* (2,18).

La respuesta de Jesús, tan sencilla y clara, se expresa en tres parábolas que son una y la misma. Las tres parábolas pertenecen al ámbito de la casa. Ninguna tiende referencias con templo o dios alguno. La primera parábola: ¿Se puede y debe ayunar en una boda? Sólo el sinsentido dice que sí. El sentido común dice que hay que comer, beber, alegrarse y amar (2,19-20).

La segunda parábola: los jirones del vestido viejo se arreglan con remiendos viejos. Con la tela nueva se cosen vestidos nuevos. ¿No es ésta la sabiduría de los hombres y mujeres de su casa? Hacer lo contario es provocar que la ignorancia le deje a uno al aire y sin tela ni vestido (2,21).

Y la tercera parábola, sencilla y preciosa, está dedicada a las gentes del ámbito mediterráneo en cuyas tierras de sabor y de saber se plantan y se cuidan viñas preñadas de uvas, de vino y de sueños. Aquella sabiduría enológica se arraigaba y acuñaba, entre otras expresiones, en el sentido común de una sentencia: a vino nuevo, odres nuevos (2,22).

La evangelizadora María Magdalena (según Marcos 15,40-47) aprendió de su Jesús de Nazaret a anunciar el mensaje de la buena noticia del galileo en forma de parábolas y no en formulaciones dogmáticas. Toda parábola es una evocación provocativa en la que no existen límites como puede comprenderse al leer, por ejemplo, en el segundo libro de Samuel 12,1-7. En cambio, las declaraciones de los dogmas religiosos tratan de ser precisas, cerradas, seguras e inamovibles. La parábola es la palabra siempre nueva y fresca para compartir la experiencia de la fe de unos con los otros. En cambio, el dogma y la ley son las expresiones que, a modo de moldes inflexibles, usa toda Religión para proclamar sus verdades. **Carmelo Bueno Heras**